

Antecedentes y características diferenciales de la literatura costarricense.

Si por la herencia grecorromana directa y por la raza y la madurez priva en el mundo europeo un orden fundado en la razón y en los sedimentos de una vieja cultura, en el mundo americano, por su juventud y por los aportes indígenas, priva aún el orden emocional que se refleja en muchas de sus manifestaciones y, particularmente, en su producción literaria y poética. Sin embargo, el historiador de la literatura costarricense siente el impulso de exceptuarla de este orden, no ciertamente porque en ella encuentre signos de madurez, sino porque nuestra literatura —sin el concurso del tiempo y de la tradición— ha traducido la experiencia humana del pueblo y de sus directores intelectuales y, por las circunstancias que se estudiarán en este libro, adquirió y mantiene un carácter prematuramente conceptual.

Como todas, nuestra literatura es la expresión de una cultura histórica, pero de una cultura breve, relativamente desligada de lo aborígen precolombino y, además, bastante desligada de la tradición española. El hecho literario, en consecuencia, ha sido de autoformación dentro de sus propias posibilidades y ha carecido, como nuestra vida nacional, de las tensiones vitales que animan a otras literaturas indohispánicas. Ha carecido también de variedad, porque, al consolidarse el Estado y formarse la burguesía en la segunda mitad del siglo diecinueve, se impuso una preocupación esencialmente política y jurídica y

con ella una cierta unificación del lenguaje, de tipo generacional y de estructura lógica, que se han proyectado a toda la literatura posterior. Más tarde, en el siglo veinte, se inició la liberación de esta autoridad temática y lingüística y se produjeron las primeras aventuras de la fantasía, pero la liberación ha sido tímida y lenta y sus avances, casi siempre apoyados en el orden lógico, no han originado sorpresas ni valores extraordinarios, pero en cambio muestran consecuencia y solidez evidentes. Y, por otra parte, permiten al investigador que se proponga hacerlo, estudiar con relativa facilidad, por contraste con el medio y con el lenguaje generacional, la actividad consciente y autónoma del lenguaje literario en el curso de su creación.

Las ideas anteriores requieren un desarrollo más amplio y este es el propósito de esta introducción.

*
* *
*

El estudio de la literatura costarricense debe tomar en cuenta dos hechos fundamentales, que provienen de la formación y desarrollo histórico de la Nación y que explican muchas de sus expresiones, de sus vacíos y su modo de ser auténtico: la ausencia, en sus orígenes, de una sólida cultura colonial que nos privó de la herencia literaria española del Siglo de Oro, y la ausencia posterior de los grandes movimientos que agitaron y dieron impulso a la literatura occidental durante los siglos dieciocho y diecinueve.

La pequeñez geográfica y la pobreza del país, con el escaso interés que la Corona española puso en él, tanto como el difícil proceso que siguió a la independencia, eliminaron virtualmente muchas generaciones en la formación histórica de nuestra cultura y le imprimieron a ésta un sello de orfandad y de timidez del que no se ha despojado todavía. Hubo ciertamente una influencia española, como lo veremos más adelante, pero nuestra literatura creció por sus propios medios y sólo adquirió densidad e importancia al comenzar el siglo veinte, después de haber condensado la conciencia de nacionalidad y el orden jurídico e institucional de la República. Es, pues, la nuestra una de las literaturas más jóvenes de América; una de las que, por su aislamiento y falta de planos de apoyo, ha realizado un mayor esfuerzo y una de las que, por su autoformación, tienen mayor interés al explorar lo que es y será la literatura hispano-americana.

Nos interesa aclarar la anterior afirmación, que entraña un problema trascendente y de fondo. Hace ya mucho tiempo que se aprecia en la crítica, y especialmente en la de los países

indohispánicos, un afán por imponer dialécticamente la conveniencia y la realidad de una expresión literaria genuinamente americana y, avanzando mucho en este campo, se habla ya de un pensamiento americano o, al menos, se especula sobre su posibilidad⁽¹⁾.

En lo tocante al pensamiento no vemos ninguna perspectiva ni sentimos su conveniencia, como no sea con un criterio localista necesariamente temporal. Durante los dos primeros siglos de la colonia, el pensamiento americano fue español y en el último medio siglo, como durante la independencia, pudo ser anti-español, pero no americano sino europeo, occidental. América es y será parte de Occidente y sus mejores afanes no pueden encaminarse a crear una filosofía y una ciencia del mestizaje, lo que significaría descender en el orden continuo y creciente de la cultura, sino a incorporar el mestizaje a la cultura occidental. Es explicable el indigenismo político y artístico en los pueblos de alta proporción de sangre aborigen, porque en ellos es una realidad y un problema que imponen la síntesis, como imponen también ciertas formas de la expresión artística, pero nada tiene que ver esta condición inmediata y material con la tradición secular de la filosofía occidental, de acuerdo con cuyos métodos piensan aun los más radicales indigenistas. Por otra parte, en varios pueblos —el de Costa Rica entre ellos— no existe o tiene escasa vida el aporte racial indígena y el pensamiento carece de toda relación con él.

En lo tocante a la expresión artística y concretamente a la literatura, el afán regionalista marcha por senderos igualmente errados. Claro es que lo genuinamente americano está y estará siempre presente en las letras, como lo está en la pintura o en la escultura, pero este es un hecho de todos los tiempos y de todas las latitudes, propio del realismo. Ahora nos referimos al propósito de afirmar una expresión literaria americana, distinta de la española lingüísticamente y distinta de la universal por su técnica y sus temas. Creemos que la base de este propósito es deleznable, en cuanto que elimina la perspectiva histórica y el propósito mismo conduce al error de crear, en uno de los campos del espíritu, una limitación inconveniente a la universalidad de la cultura. Es ya un síntoma de debilidad el hecho de que el afán de la crítica se limite a la novela y de que no se ha encontrado una base suficiente para hablar de una filosofía

(1) Esta posibilidad fue el objetivo principal del Segundo Congreso Extraordinario Interamericano de Filosofía, que se efectuó en San José en julio de 1961, con la asistencia de más de ochenta delegados de toda América y algunos países europeos, cuya presidencia fue desempeñada por el autor de este libro.

americana. No tendría sentido, por ejemplo, afirmar el “americanismo” de la poesía de Neruda y del pensamiento de Mariátegui o de Alfonso Reyes, aunque esos autores hayan tratado temas americanos. Se olvida por la crítica, en primer lugar, que lo americano, como objetividad, no es nuevo en las letras españolas, puesto que aparece desde el siglo dieciséis en los poetas épicos y en los cronistas de Indias. Se olvida también que en nuestro tiempo lo han convertido en tema universal autores de distintas lenguas y latitudes, como Hudson, Valle Inclán y Keyserling. Se olvida, además, que es imposible desligar lo americano de sus raíces europeas, como lo demuestran, en pleno florecimiento del realismo localista, las obras de Larreta, de Reyes y de Mallea⁽²⁾. Y se olvida, sobre todo, que la primera gran salida y presencia literaria de América, el modernismo, fue un movimiento de temas universales. América ha sido espectáculo y, consecuentemente, tema artístico y literario, desde el descubrimiento. Tema variadísimo y virtualmente agotado, ha sido tratado con el criterio renacentista en el dieciséis; con el criterio de la Contrarreforma en el diecisiete y hasta con criterio científico en el diecinueve. Y en su reencontro con lo propio, los escritores americanos del post-romanticismo han agotado todos los posibles elementos de explotación literaria. Primero lo natural: la selva, la pampa, la playa y el río. Luego lo humano: el hombre en la selva, en la pampa, en la playa y en el río. Más tarde lo social y lo político. Ha sido recorrida toda la gama. ¿Hasta dónde puede avanzarse en esta ruta? No mucho, sin duda. El progreso, la técnica y la justicia terminarán muy pronto con los últimos temas “especializados”. El del indio, tema inmóvil como alguien lo llamó con acierto, ha pasado de simple motivo decorativo a pretexto de propaganda ideológica, y el rápido declinar de la poesía negra antillana, nos dice de la escasa solidez de los temas ocasionales y puede ser una lección para los afanes regionalistas. No pretendemos, naturalmente, suprimir los ambientes y el realismo de la literatura, a pesar de la poderosa sugestión de Unamuno, ni eliminar los contenidos sociales de ella. Creemos, sencillamente, que la literatura, como la política, debe ver claro en las tendencias antinacionalistas de los últimos años; que América, como Europa y como Asia, ha dejado de ser una región y debe tomar su puesto en las corrientes universalistas de la cultura contemporánea.

(2) Creemos como Unamuno (*Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana*, en *Ensayos*, Aguilar, Madrid, 1951, tomo I, págs. 863-900) que es mucho menor de lo que se supone, por desconocimiento, la diferencia que existe entre el habla de la Península y las hablas regionales de nuestros países.

Si en ningún período de su historia, ni en la colonia ni después de la independencia, ha conseguido la América Española definir y consolidar una cultura propia, ¿cómo podrá hacerlo en lo futuro, cuando cada día privan con mayor fuerza las corrientes internacionales?

*
* *
*

No existió la poderosa raíz colonial en el nacimiento de nuestra literatura. Es casi un lugar común en nuestros historiadores y cronistas lo de la extrema pobreza que privaba en Costa Rica, cuando el país fue descubierto por Colón en 1502, durante su cuarto viaje, lo mismo que durante la colonia y en los primeros años de nuestra vida independiente. Tiene mucho de ironía el nombre que se dio a esta tierra, poblada en aquel año por unos treinta mil indios de dos razas principales y de tres menores, de cultura incipiente, resto quizá de un antiguo esplendor cuya destrucción es un misterio. Los documentos coloniales son elocuentes en los dos siglos siguientes. El gobernador don Tomás de Acosta, en carta que dirigió al rey en 1799, le dice: “Esta Provincia, Señor, se halla en tan miserable estado, que tal vez no tiene igual en toda la Monarquía”. Basándose sin duda en las memorias del gobernador Ayala, don Manuel de Jesús Jiménez en sus **Cuadros de Costumbres** y don Ricardo Fernández Guardia en su vasta obra histórica y en sus crónicas coloniales, ponderan la miseria de los costarricenses en el siglo dieciocho y aun a comienzos del diecinueve; el atraso de sus costumbres; la calidad paupérrima de sus vestidos, que a veces eran de hojas de plátano, y la angustiosa escasez de su alimentación. Y, sin embargo, tenemos cartas-dotes de familias de Cartago, de los siglos diecisiete y dieciocho, en que se detallan objetos de fina joyería, muebles valiosos, sedas y encajería de Malinas y también observaciones de viajeros europeos, que visitaron el país en el siglo diecinueve, que aparentemente nos dan una impresión completamente distinta. Citamos algunas de esas observaciones. El Dr. Moritz Wagner (**La República de Costa Rica en Centro América** por los doctores Moritz Wagner y Carl Scherzer) consigna estas palabras, refiriéndose a las residencias de San José a mediados del siglo pasado: “Viendo el mobiliario de los cuartos, su arreglo y el modo de vivir de sus habitantes, se les supone aun menos capital del que en realidad poseen”. Y el Dr. H. Polakowsky, alemán como Wagner y quien llegó en 1875 para enseñar en el Instituto Nacional⁽³⁾,

(3) **La República de Costa Rica**, en el estudio **De todas Partes del mundo**, Leipzig, 1877.

nos ofrece esta curiosa descripción: “No faltaban tampoco de San José salones hermosos, de buen gusto y ricamente amueblados. Las salas de recibo de los Ministros en el Palacio Nacional y las instalaciones en el Palacio del último Presidente (Guardia) pueden sostener la comparación con los salones de los príncipes de Europa”. Observaciones como éstas, que podrían multiplicarse, nos indican dos hechos, que son importantes para comprender lo que era Costa Rica durante la colonia y en la primera mitad del siglo diecinueve. Primero: que existieron dos clases sociales y económicas —y no varias como hoy— y que, en consecuencia, la división era más profunda que en nuestros días. Segundo: que la pobreza y atraso del país no eran de orden natural, sino derivados de la escasez de población. Vemos así cómo el desarrollo material y cultural del país, que se inicia en 1840, con la organización política y económica, coincide con el aumento de población. La estadística demográfica es sin duda el método más adecuado para explicar nuestro desarrollo histórico, tanto en lo material como en lo cultural.

La nacionalidad costarricense se formó sobre la base escasa de los conquistadores y colonizadores españoles, puesto que al llegar Colón a nuestras playas del Atlántico, la población indígena avanzaba rápidamente en el declive de la desaparición. Y se formó casi exclusivamente en los 2.000 kilómetros cuadrados de la Meseta Central. La sociedad colonial fue pobre por su pequeñez numérica; no consiguió organizar el trabajo colectivo agrícola o minero y no dispuso del régimen de encomiendas que en otras partes hizo posible el desenvolvimiento inicial con cierta forma de feudalismo; no tuvo siquiera el incentivo de las empresas militares, que en Costa Rica se limitaron a las escaramuzas de la conquista de Talamanca y de la defensa contra los piratas ingleses. Pero el doloroso panorama cambió durante el curso del siglo diecinueve. Del magnífico estudio demográfico del obispo Thiel⁽⁴⁾ tomamos estos datos de población que nos permiten seguir la trayectoria del resurgimiento en ese siglo. Al iniciarse el mismo tenía Costa Rica algo más de 52.000 habitantes, distribuidos en 2 ciudades, 5 villas, 5 anexos y 13 doctrinas. De esa suma 5.000 eran españoles, 8.000 indios y el resto ladinos, mestizos y pardos, correspondiendo a la Meseta Central 43.500 y a las costas 9.000. Pero en 1844, época de creación de la Universidad de Santo Tomás y según el censo del señor Streber, Costa Rica tenía 79.982 habitantes. En 1864, de acuerdo con el censo efectuado por el ministro don Francisco María Iglesias, tenía 120.499, sin contar a los indios

(4) *Costa Rica en el siglo XIX*. Tipografía Nacional, 1902.

que habían disminuido considerablemente. En 1900 la población se había elevado a 304.000, suma que se ha cuadruplicado al mediar el siglo actual.

A este rápido crecimiento corresponde el desenvolvimiento económico y, desde luego, el cultural que examinaremos en capítulo aparte. El primero se hace patente por algunos datos, desde 1840 en que los tenemos, que son los siguientes: en ese año de 1840, en que Costa Rica se separó definitivamente de la Federación Centroamericana, las rentas del país fueron de \$ 117.164.45 y los gastos de \$ 67.992.82, y a los puertos del país no llegaban más de 10 barcos al año. En 1850, durante la administración del Presidente Mora, las entradas fueron de \$ 237.692.05 y los gastos de \$ 144.577.47, en tanto que en ese y en los años posteriores llegaron a los puertos costarricenses 70 barcos por año. Hacia los finales del siglo las entradas pasaban de \$ 3.000.000.00 y los gastos de \$ 4.000.000.00, con déficits en los presupuestos que ya existían desde 1870. En nuestros días, en que la población ha superado ya el millón y cuarto de habitantes, el presupuesto nacional, incluidas las Instituciones Autónomas del Estado, pasa de ₡ 1.000.000.000. Para los efectos de nuestro estudio no implica diferencia el que antes fueran “pesos” y hoy sean colones.

Desde mediados del siglo, como ha podido apreciarse por los datos anteriores, se nota un cambio económico considerable que debe atribuirse principalmente al desarrollo de la industria del café, obra en gran parte del Presidente don Braulio Carrillo, y luego al aumento de población, al desarrollo de nuevas zonas de cultivo y al del comercio internacional. A este cambio obedecieron algunos fenómenos sociales: el nacimiento de una clase adinerada y la formación de una clase media, la primera de las cuales llegó a constituir una oligarquía política; la diversificación y extensión de la cultura, por las posibilidades económicas y el paso del régimen patriarcal al régimen liberal que, junto con el creciente progreso material, se proyectó en el siglo veinte.

El desenvolvimiento demográfico y económico que hemos esbozado nos lleva a otra síntesis más importante: a una visión general, aunque igualmente limitada, del desenvolvimiento de nuestra cultura, base indispensable a nuestro estudio, al que dedicaremos un capítulo especial preparatorio, ya que la ampliación de este tema la reservamos para el conjunto de esta obra.

*
* *
*

No nos satisfacen del todo los ensayos que se han escrito sobre los orígenes de la cultura en Costa Rica, entre los cuales hay algunos de verdadero mérito, como la **Historia del Desarrollo de la Instrucción Pública en Costa Rica** y la **Historia de la Influencia Extranjera en el Desenvolvimiento Educacional y Científico de Costa Rica**, del Prof. don Luis Felipe González, y **Conversaciones sobre Literatura Costarricense** del Prof. Isaac Felipe Azofeifa, como, en parte también, no nos satisfacen las crónicas y cuadros de costumbres que a ese mismo tema se refieren. El lugar común de la miseria y la ignorancia generales durante la colonia presenta contradicciones tan interesantes, tan elocuentes a veces, que merece una revisión.

Varios investigadores (el Prof. Monge Alfaro en su **Historia de Costa Rica** y el Lic. Rodríguez Vega en sus **Apuntes para una sociología costarricense**) han derivado de la pobreza y del aislamiento de los costarricenses en el período colonial, las características de la Nación: su individualismo, los regímenes patriarcales y su política personalista, la timidez y desconfianza de los costarricenses, su sentido civil y democrático de la vida, la ausencia de arte popular. Estamos de acuerdo con ellos. Pero en el campo cultural, en lo que a ignorancia se refiere, existen hechos que no concuerdan con la afirmación y que nos llevan a pensar que en aquella Cartago colonial, retrasada, orgullosa y azotada por los terremotos, como más tarde en aquel San José liberal, con sus calles empedradas, sus aceras irregulares, sus casonas de barro y tejas, su plaza principal y sus gallerías —que tanto sorprendían a los viajeros extranjeros— había un espíritu que superaba la estrechez material, un propósito de cultura y un acervo de conocimientos, de minoría pero apreciables, que explican esos hechos y ciertas realidades sorprendentes. ¿Cómo explicar, por ejemplo, que en Cartago y en pleno siglo dieciséis, un Domingo Jiménez conociera y glosara la poesía cortesana de Castilla del siglo anterior? ¿Cómo explicar la formación cultural de un Florencio del Castillo en el dieciocho y cómo el caso de la señorita Manuela Escalante en la primera mitad del diecinueve? Es curioso anotar que en la obra de algunos de nuestros historiadores se recogen todavía los ecos de la leyenda negra y se denigra la obra de la cultura española en la América Colonial. Con criterio de liberales contemporáneos, profetas de lo pasado, como alguien los llamó, esos historiadores olvidan o ignoran el espíritu de las épocas, lo que fue la cultura española en el siglo dieciséis y el sentido misional de la conquista, sin pensar que quizá, de haber sido otra la nación conquistadora, América habría podido ser algo parecido a África. Pocos comprenden que el pensamiento español, como efecto del

descubrimiento y de la conquista, evolucionó radicalmente en un lapso de medio siglo. En efecto, el descubrimiento y la conquista se iniciaron bajo los auspicios del *jus belli* tradicional y de los conceptos medievales de la soberanía del Emperador y del Papa. Pero los grandes juristas españoles, con el Padre Vitoria a la cabeza, combatieron el derecho universalmente aceptado en nombre del derecho natural, sometieron todos los actos de la conquista a una crítica rigurosa y crearon un nuevo derecho, no para proteger las conquistas de España, como en el caso del derecho romano, sino para proteger a los pueblos conquistados y establecer las bases de la comunidad internacional. Lo que hicieron los hombres, lo que hacen y seguirán haciendo, es cosa distinta.

Conviene destacar estos hechos, aunque la polémica sobre este tema no tiene ya razón de ser después de los estudios que lo han aclarado de modo definitivo. Los profesores Leonard, Green y Lanning⁽⁵⁾ han demostrado que durante los siglos coloniales se comentaba en las Universidades de América toda la filosofía europea y que se leía en los países americanos tanto como en los más avanzados de Europa. Y Leonard ha coleccionado copias de cinco mil tesis doctorales, buena parte de ellas filosóficas, preparadas por estudiantes universitarios americanos, que comprueban el aserto anterior. Fácil es hablar de “oscurantismo” —otra palabreja forjada por la leyenda negra— cuando se desconocen estas cosas y los hechos se miran de lejos o con documentación parcial, pero aun en tal caso satisface que un positivista como Renan, en *El Porvenir de la Ciencia* y hablando de la libertad interior de los filósofos y teólogos españoles, diga: “Estos místicos, Santa Teresa, Juan de Avila y Granada; estos infatigables teólogos, Soto, Báñez, Suárez, eran en el fondo pensadores tan atrevidos como Descartes y Diderot”.

Repetimos que faltó a nuestra cultura y a nuestras letras la base sólida de la tradición española, que sí existió en otros centros de América, pero es evidente que esa tradición era de tal magnitud y densidad, que sus reflejos operaron indirectamente en la formación cultural de Costa Rica. Probarlo es imposible, pero negar los efectos y manifestaciones de lo que afirmamos es absurdo. La historia oficialmente aceptada nos informa que el primer maestro de escuela en la Cartago colonial, fue el presbítero Diego de Aguilar, sacristán mayor de la iglesia parroquial, quien tardíamente, en 1594, fundó la primera escuela en Costa Rica y la mantuvo hasta 1623. Y nos informa también

(5) *The Mexican Book Trade in 1600*, de Otis E. Green e Irving A. Leonard, *Hispanic Review* 1941 y *Academic Culture in the Spanish Colonies*, de John Tate Lanning, Duke University Press.

que la enseñanza en aquel y en los demás centros coloniales se limitaba a leer, escribir, contar y aprender el Catecismo. Pero el Padre Aguilar se había formado en Cartago y era un hombre culto, como lo eran los escribanos de su tiempo y del siglo diecisiete, lo que demuestra que existían medios culturales que nos son desconocidos y de los cuales la escuela comunal no podía ser la base. Algo, y muy importante, queda aún por investigar en los orígenes de la cultura costarricense, ya que los aspectos externos, es decir, los escasos datos que poseemos, no concuerdan con determinados hechos. Es cierto que la enseñanza de la escuela comunal era muy imperfecta por escasa, por la impreparación de la mayoría de los maestros y porque en gran parte, si no del todo, el esfuerzo se perdía, puesto que no había medios de ejercitar, mantener y ampliar la enseñanza, ni tiempo de hacerlo, ni necesidad siquiera. Pero estas mismas circunstancias indican que unos pocos valores aislados como el citado Padre don Diego de Aguilar, como el Obispo Tristán, como Domingo Jiménez y, quizá, el historiador Fernández de Oviedo, consiguieron dejar una inquietud cultural de apreciable jerarquía.

La primera manifestación de cultura, antes de establecerse la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, la hallamos en 1782, cuando el Obispo de Nicaragua, Esteban Lorenzo de Tristán, que en aquel año estuvo en Costa Rica, ofreció \$ 150.00 para dotar una cátedra de latinidad en la escuela que había creado en Cartago el Gobernador español Flores. Y la segunda, en 1801, en las lecciones de Filosofía y Humanidades que daba en la misma ciudad de Cartago el presbítero don Baltasar de la Fuente. Pero el mayor esfuerzo educativo fue la creación de la Casa de Enseñanza de Santo Tomás en abril de 1813, ocho años antes de la independencia.

Esta institución fue creada por el Ayuntamiento de San José, que encargó la tarea al presbítero don Manuel Alvarado, quien presentó un plan de estudios e hizo venir de León de Nicaragua al profesor de Filosofía, Br. don Francisco Osejo, personalidad que influyó considerablemente en la cultura y en la política de Costa Rica, tanto por sus enseñanzas y escritos, como por las iniciativas que promovió, entre éstas el centro cultural que fundó con el nombre de Tertulia Patriótica. La Casa de Enseñanza vivió en gran parte de contribuciones particulares y de donaciones testamentarias. Interesa destacar este hecho de la colaboración pública, porque demuestra la preocupación de una sociedad incipiente, cuando no existían ni el Estado ni el imperativo de saber para ganar la vida. Fue un fenómeno similar, en lo espiritual, al que se produjo en la alta

Edad Media europea. Varias etapas pueden señalarse en la vida de la Casa de Enseñanza. En la primera, bajo el rectorado del Br. Osejo, hubo dos secciones: una menor, para la enseñanza de la lectura, la escritura y la Gramática; una mayor, con cátedras de Filosofía, Cánones y Teología.

La Casa de Enseñanza fue la primera forma de una empresa de mayor aliento: la creación de la Universidad de Santo Tomás. Esta fue decretada el 3 de mayo de 1843, pero se inauguró el 21 de abril de 1844, coincidiendo muy aproximadamente con la iniciación del segundo período de nuestra historia y de nuestra cultura.

La Universidad de Santo Tomás fue, en nuestro medio, una reproducción de la Universidad española y de las universidades coloniales americanas, especialmente de la de León de Nicaragua, si bien, su fundador el doctor don José María Castro, le dio un sentido más liberal y un principio de autonomía muy avanzado para su tiempo. En efecto, los Estatutos de aquella institución establecen que la Universidad “es el gremio de todos los individuos” cursantes o graduados en ella, de los graduados en establecimientos científicos de la Unión Centroamericana y de los graduados en universidades extranjeras e incorporados. Los estudios que crearon se dividen en dos clases. Los menores o preliminares, que comprendían tres cátedras: una de Lenguas Castellana y Latina; otra de Aritmética, Geometría y Geografía; otra de Filosofía. Y los mayores, que comprendían otras tres: Teología, Jurisprudencia y Medicina. Pero los mismos Estatutos dejaban abierta la provisión de nuevas cátedras como Lenguas Vivas, Cirugía, Farmacia, Economía Política, Oratoria y Cánones.

La acción del doctor Castro no se limitó a la Universidad: fomentó la primera enseñanza y puso por primera vez la carga y la dirección educativas en manos del Estado; intentó además extender la obra universitaria a los grandes núcleos de población por medio de cátedras departamentales. En general, la década de 1840 a 1850 fue muy importante por la fundación de una Escuela Normal, de un Liceo de Niñas y de los Colegios de San José y Cartago. El progreso continuó en la década siguiente, de la cual tenemos los primeros datos oficiales y relativamente correctos. Esos datos nos dicen que el Estado gastó en educación un promedio anual de \$ 56.000.00, y que la población escolar se elevó a 31.942 estudiantes. Y llegamos así, en proporción siempre creciente, a la época inmediatamente anterior a las grandes reformas educativas del Presidente doctor don Jesús Jiménez y del ministro don Mauro Fernández. De la Memoria de 1879, por ejemplo, tomamos estos datos: había

entonces 320 escuelas públicas, 22 instituciones privadas, 5 colegios y la Universidad, con un total de 25.000 estudiantes y una erogación anual de \$ 180.000.00.

La labor decisiva en la educación costarricense, que situó a nuestro país, relativamente, entre los primeros del mundo en este campo y que dio origen al tercer período político, cultural y literario, se llevó a cabo durante los últimos veinte años del siglo, por obra de los dos estadistas antes citados y por la organización que dio a la enseñanza don Mauro Fernández. Ciertamente es que don Mauro cerró la Universidad de Santo Tomás, con lo cual produjo un vacío cultural que se proyectó en las primeras décadas del siglo actual, pero en cambio creó las bases de la primera y la segunda enseñanzas, con carácter gratuito y obligatorio la primera, comprendiendo que sin tales bases la enseñanza universitaria no podía ser efectiva.

Coincidiendo con el desarrollo económico que había originado el cultivo del café, surgió en lo cultural la llamada generación de 1889, con don Mauro Fernández, don Ricardo Jiménez, don Cleto González Víquez y muchos otros estadistas y escritores, formados casi todos en el Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago, que instituyen un nuevo régimen educativo fundado en la "Ley de Educación Común" de don Mauro, que fue la base de nuestra cultura democrática, y modernizaron la legislación. Desde este período parte el desarrollo literario, que se operó principalmente en los diarios. La imprenta había sido traída a Costa Rica por el primer Jefe del Estado, don Juan Mora Fernández, en 1830, pero el desarrollo del periodismo corresponde a la generación de 1889 a la que perteneció el primer gran diarista, Pío Víquez, quien en 1890 fundó *El Herald*. En este período, además, se dio la mayor y más extensa influencia de la cultura extranjera en Costa Rica. Si bien es cierto que desde mediados del siglo muchos hombres de ciencia extranjeros, europeos principalmente, visitaron el país y dejaron su aporte, fue a fines del siglo pasado y comienzos del actual cuando la influencia fue decisiva. Llegaron a Costa Rica, contratados por el gobierno, entre varias otras personalidades, el gran humanista y educador español don Valeriano Fernández Ferraz y su hermano Juan, a quienes se encargó la dirección del Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago, que después habría de estar a cargo de los Jesuitas; los artistas don Juan Loots, don José Campabadal, don Tomás Povedano y don Alvise Castegnaro; llegaron también Rubén Darío, José Martí y Antonio Zambrana, de extraordinaria influencia este último. Por otra parte, salió el primer grupo de jóvenes costarricenses que fueron a hacer estudios en el Instituto Pedagógico de Chile, para venir luego

a enseñar en nuestros colegios. A esta época corresponde también el nacimiento del realismo y las primeras manifestaciones propias en la literatura costarricense.

Este tercer período se prolonga durante los primeros cuarenta años del siglo veinte. La cultura se enriquece con una extensión extraordinaria de la primera enseñanza a todas las regiones del país, aun las más alejadas; con la reorganización de los colegios de segunda enseñanza, que se hizo también gratuita aunque no obligatoria; con el desarrollo del periodismo, que consiguió afirmarse sobre sólidas bases económicas e industriales; con el establecimiento de numerosas librerías; con la terminación del Teatro Nacional, que hizo posible la llegada al país de grandes compañías dramáticas y líricas y de los principales concertistas de renombre internacional. La Universidad había desaparecido, pero se mantenía la Escuela de Derecho, que proporcionaba el mayor número de funcionarios y mantenía la tradición civilista, y la Escuela de Farmacia; funcionaban además la Escuela de Bellas Artes y diversas instituciones artísticas particulares. En lo literario, este período vio el desarrollo del costumbrismo en la novela, en el cuento y en la poesía; el del modernismo en la poesía y en la prosa; la iniciación de las escuelas de vanguardia y la influencia de las principales corrientes literarias posteriores a la primera guerra mundial.

La cultura artística y musical, en la colonia y en el siglo diecinueve, siguió el mismo ritmo lento y ajeno que hemos anotado para la literaria. La imaginería religiosa provenía de Guatemala, donde había una avanzada escuela de origen español, y en menor escala de Quito. La primera academia de dibujo la fundó en Costa Rica el profesor alemán D. F. Schlessinger⁽⁶⁾ en 1857, de quien fue discípulo en temprana edad Fadrique Gutiérrez, herediano, el más notable escultor del siglo pasado, autor de varias tallas directas en piedra y madera, a quien dedicó su último libro el escritor don Luis Dobles Segreda. El primer artista costarricense que se preparó técnicamente en Europa fue don Enrique Echandi. En 1887 salió para Alemania y estudió en las academias de Leipzig y de Munich el dibujo y la pintura, con el propósito de fundar una academia en San José. Regresó en 1897, pero no consiguió su propósito por falta de apoyo oficial, aunque dedicó su vida a la enseñanza privada y a la difusión de la pintura y de la música, que también cultivaba⁽⁷⁾. La Escuela Nacional de Bellas Artes fue fundada en 1897 bajo la dirección del artista español don Tomás Povedano que estuvo al

(6) **El Pasatiempo**, N° 3 de 20 de agosto de 1857.

(7) **Enrique Echandi, pintor costarricense**, por Francisco Amighetti, en **Centroamericana** N° 2, abril - mayo - junio 1954, San José.

frente de dicha institución durante cuarenta y nueve años. En la pintura fue notable también la influencia del Padre Santiago Páramo S. J., colombiano, profesor del Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago y autor de varios óleos notables como el San Ignacio y el San José de grandes proporciones que fueron joyas del templo de San Nicolás hasta el terremoto de 1910. Páramo dejó varios discípulos cartagineses: Juan Andrés Bonilla, Ramón Matías Quesada y Eduardo Peralta entre otros. En la arquitectura, el mismo Padre Páramo construyó el templo de estilo gótico de San Nicolás, destruido por el terremoto. La obra más notable en los finales del siglo fue la construcción del Teatro Nacional, terminado en 1897, ya que los ingenieros y trabajadores extranjeros que llevaron a cabo la obra dejaron nuevas técnicas que luego aprovecharon nuestros obreros.

En la música el progreso fue más intenso, porque venía desde la época colonial, aunque la falta de documentos impida trazar sus rutas. Existían conjuntos que amenizaban las fiestas oficiales y privadas durante la colonia, como lo revelan las crónicas, y desde mediados del siglo pasado hubo bandas de música militares y municipales. Pero la enseñanza técnica floreció en los finales del siglo pasado. El Padre Luis Gamero S. J., del Colegio de San Luis Gonzaga, les dio un impulso notable a los estudios musicales, que luego fue intensificado por el maestro español don José Campabadal, quien en 1880 había organizado en Cartago la Sociedad Euterpe, con orquesta y orfeón propios y algo más de un centenar de miembros. En 1889 se fundó en San José la Escuela Nacional de Música, dirigida por el maestro puertorriqueño, Eduardo Cuevas y después por don Alejandro Monestel, uno de nuestros más fecundos compositores. Monestel fundó también la Escuela de Música Santa Cecilia cuya vida se proyectó en el siglo actual bajo la dirección de don José Joaquín Vargas Calvo.

El período contemporáneo está en plena gestación y ofrece el mismo carácter de dudas y de lucha que presenta en el resto del mundo. Las corrientes sociales y económicas, la preocupación de estudio y de progreso de parte de la juventud y la creación de la Universidad de Costa Rica, han sido factores determinantes de este último período. El año de 1940 se señala como el punto de partida de un resurgimiento literario y artístico de extraordinario valor y, al mismo tiempo, de un resurgimiento educativo que ha venido desarrollándose hasta hoy. El restablecimiento de la Universidad en 1940 fue un impulso decisivo en el progreso cultural y lo será en mayor proporción con la reforma universitaria que se implantó en 1957. La segunda mitad del siglo implicará, sin duda alguna, un avance

cultural más vigoroso que el realizado anteriormente, ya que el país cuenta hoy con una organización completa, desde la enseñanza pre-escolar hasta la universitaria y con medios técnicos a la altura de los más avanzados del mundo.

*
* *

La historia de una literatura, como la de cualquiera otra actividad del espíritu, requiere un orden e impone una división en épocas que abarque todos los factores concurrentes, para obtener una comprensión más amplia. Pero, ¿qué criterio debe seguirse en la periodización? El problema es complejo, ya que todos los criterios —directamente algunos e indirectamente otros— pueden tener alguna relación con el hecho literario. No conviene excluir ninguna división posible y señalamos las principales, en cuanto nos servirán de fundamento en muchos de los aspectos y consideraciones posteriores.

Un criterio puramente económico-social tiene que fijar cinco períodos definidos en el desarrollo histórico de la vida costarricense: el precolombino, basado sin duda en el cultivo del maíz⁽⁸⁾, que no entra en la esfera de nuestro estudio, por razones ya apuntadas; el de la primera época de la colonia, aproximadamente de 1560 a 1650, que tuvo por fundamento la ganadería; el de la última época colonial (1650 a 1800, también aproximadamente), dominado por el cultivo del cacao, al que se debió la introducción de la esclavitud en Costa Rica, por la necesidad de emplear negros en los duros climas de Matina (“Matina, que a los hombres acoquina y a las mulas desanima”, como lo dice el Gobernador Carrandi y Menán en la crónica del viaje que hizo a dicha región en 1737); un cuarto período (siglos diecinueve y veinte) en el cual la economía nacional se basó en la industria del café, y el último, contemporáneo, en el que se funden los anteriores y se inicia la era industrial y técnica.

Desde el punto de vista del pensamiento, mucho más importante que el anterior, la división sería, guardadas las distancias y las posibilidades y manifestaciones literarias, la de cualquier otro país hispanoamericano. Un período precolombino, mítico y prelógico, para nosotros desconocido directamente. El período colonial, de raíz española, religioso, dogmático y escolástico, con la particularidad de que entre nosotros fueron virtualmente desconocidas las escuelas filosóficas independientes españolas, como el criticismo de Vives, el escepticismo de Sánchez o el

(8) El maíz, en efecto, ha sido la base nutricia de las primeras civilizaciones americanas, en la misma forma que otras dos gramíneas, el trigo y el arroz, lo son de la cultura europea y de la cultura asiática, respectivamente.

amonicismo de Fox Morcillo. El período de la independencia (primera mitad del siglo diecinueve), en que privaron muchas tendencias: las ideas de los Enciclopedistas franceses, el racionalismo cartesiano, el sensualismo de Condillac y el empirismo inglés. El período positivista (segunda mitad del diecinueve y comienzos del veinte) dominado por el pensamiento de Comte y de Spencer, sin duda el más sólido y activo en la historia de nuestra cultura, y el período contemporáneo de reacción anti-positivista e idealista y en el que —como en lo económico— se funden las tendencias anteriores sin llegar a integrarse.

En igual forma podríamos determinar una división política o una división educativa, pero, condensándolas todas y con miras hacia lo literario, simplificamos y adoptamos en nuestro estudio la siguiente división:

Epoca colonial. Comprende desde el descubrimiento hasta 1840, incluyendo en ella los primeros años de vida independiente, que no se diferenciaron esencialmente de los anteriores.

Epoca de formación y consolidación del Estado, de 1840 a 1900, en que las letras estuvieron al servicio de la idea política y en que predominaron el Derecho, la Historia y las Ciencias Políticas.

Epoca realista. Abarca las tres primeras décadas del siglo veinte y fue de florecimiento literario por el desarrollo de la novela, el cuento y los cuadros de costumbres en la prosa y del modernismo en la poesía.

Epoca contemporánea. Se caracteriza como síntesis de las anteriores y asimilación de las corrientes universales.

Ya veremos que a estas épocas corresponden cuatro períodos lingüísticos.

*
* *

Terminamos esta introducción reiterando algunos conceptos en los que es necesario insistir. La nuestra es una de las literaturas más jóvenes y quizá también más pobres, pero es una de las más sinceras y espontáneas por su acuerdo natural con el medio en que se produce. Por esto, y no por juicio valorativo, hemos dicho que permite estudiar lo que puede ser una auténtica literatura hispanoamericana, libre de novelorías y derivada de la evolución normal de la nación y de sus relaciones culturales con las demás naciones.

La cultura costarricense nació y se desarrolló en la altiplanicie de nuestra Meseta Central y sus manifestaciones tienen

las características de esta zona: naturaleza apacible, sin grandes relieves, de clima suave, en que la acción del hombre es relativamente fácil. Hasta principios de este siglo este asiento de la vida nacional se mantuvo virtualmente aislado por la escasez de comunicaciones, lo que significó también el aislamiento del hombre y la determinante de muchos rasgos de su carácter. En una carta que dirigió a Felipe II en 1562, dice el conquistador Juan Vázquez de Coronado, refiriéndose a Costa Rica: “La tierra es una de las buenas que yo he visto en Indias y a mi ver no le hace ventaja ninguna de la Nueva España”. Y esta tierra, poco poblada y aislada durante más de tres siglos, creó una fauna humana familiar y patriarcal, en la que se conservaron muy puros el individualismo, el sentimiento democrático y el sentido de igualdad esencial de todos los hombres, heredados de España. Estos ingredientes han hecho que el costarricense se valore mirándose a sí mismo, la manera de “valoración espontánea” de que habló Ortega y Gasset, en contraposición de la valoración refleja que consiste en mirar antes a los demás y procurar su juicio. De aquí que nuestro aislamiento haya producido una falta de sentido colectivo y de disciplina y casi una anarquía en el campo social y político, lo mismo que una desestimación o indiferencia para los valores ajenos, en el campo literario y artístico.

Desde el punto de vista literario y creativo, el aislamiento originó también una limitación en los temas y un escasísimo interés por la naturaleza, que no ofrecía motivos interesantes porque en ella vivía cotidianamente el escritor. Los litorales del Atlántico y del Pacífico vinieron a constituir la novedad y la variedad, pero sólo han sido descubiertos para fines estéticos —en el paisaje y en el hombre— durante los últimos años.

La literatura costarricense tiene su propio ritmo. La investigación y las consideraciones generales sobre nuestras letras deben tomar en cuenta los hechos anotados: el aislamiento, material y espiritual; las características del hombre costarricense; la ausencia de varias generaciones, como elemento negativo en el desarrollo literario, durante los siglos de la colonia, y la densidad mínima de la población que hoy no llega todavía al millón y medio de habitantes. Estos factores eliminaron o desquiciaron las bases indispensables a todo proceso de desarrollo consecuente y produjeron la orfandad y, al mismo tiempo, el autodidactismo de la cultura, que no comienza a formarse sino en el curso del siglo diecinueve, afirmada en lo propio y orientada por diversas influencias extranjeras. Estos factores explican también la pobreza de las manifestaciones literarias de esa cultura, no tanto en la cantidad como en la calidad.

Al hablar de calidad nos referimos a las creaciones de la fantasía, campo propio de lo literario, en el cual nuestras letras no presentan grandes cumbres antes del siglo veinte. Por esta razón la característica más definida de la literatura costarricense, desde el período colonial, es el predominio del pensamiento y la aventura conceptual sobre la poética, lo que, además, se explica por muy distintas circunstancias: por la falta de relieve y de interés en la vida de las razas aborígenes en la época del descubrimiento; por haber carecido la conquista de aspectos brillantes y heroicos; por haber sido la independencia un hecho reflejo y no guerrero; por no haber predominado el ejército, como en tantos otros países de América; por la superioridad numérica y cultural de la raza blanca sobre la india y mestiza y por la ausencia del caudillismo en nuestro desarrollo político. Estas circunstancias han contribuido a darle preferencia en nuestra producción literaria a la Historia y al Derecho sobre las formas de creación poética.

Por otra parte, la modalidad civil y democrática de la nación y el predominio de las dos ramas literarias citadas, influyeron en la tonalidad general de la literatura costarricense: claridad, lógica, laicismo, equilibrio y mediocridad, características que, con muy raras excepciones, se mantuvieron hasta la iniciación del período contemporáneo.